

www.elboomeran.com

Niccolò Ammaniti

Anna

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Anna

© Giulio Einaudi editore s.p.a.

Turín, 2015

Ilustración: © Raid71 / JSR Agency

Primera edición: junio 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Juan Manuel Salmerón Arjona, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7960-5

Depósito Legal: B. 10733-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Tendría tres o cuatro años. Estaba sentado muy quieto en una butaquita de piel de imitación, con la cabeza gacha. Llevaba una camiseta verde de manga corta, unos pantalones vaqueros con los bajos doblados, unas zapatillas de deporte. En una mano tenía un trenecito de madera que le colgaba entre las piernas como si fuera un rosario.

La mujer que había tendida en la cama en el otro extremo del cuarto lo mismo podía tener treinta que cuarenta años. En un brazo, cubierto de manchas rojas y costras, tenía puesto un gotero vacío. El virus la había convertido en un esqueleto jadeante recubierto de piel seca y llena de pústulas, aunque no le había arrebatado toda su belleza, que la forma de los pómulos y la nariz respingona dejaban adivinar.

El niño alzó la cara y la miró, se agarró del brazo de la butaca, bajó de ésta y con el trenecito en la mano se acercó a la cama.

La mujer no lo advirtió. Sus ojos, hundidos en dos fosas oscuras, miraban fijamente al techo.

El pequeño se puso a jugar con un botón de la funda sucia de la almohada. El pelo rubio le caía por la frente y,

con el reflejo del sol que se filtraba por las cortinas blancas, parecía hecho de hilos de nailon.

De pronto, la mujer se incorporó y se enarcó como si estuvieran arrancándole el alma, apretó las sábanas y se dejó caer de nuevo sacudida por una tos violenta. Estiraba brazos y piernas esforzándose por respirar. Al fin, relajó la cara, abrió la boca y murió con los ojos abiertos.

El niño le cogió delicadamente la mano y empezó a tirarle del dedo índice.

—Mamá, mamá —susurró con un hilo de voz.

Le puso el trenecito en el pecho y lo hizo rodar por los pliegues de la sábana. Tocó la tirita ensangrentada que tapaba la aguja del gotero. Por fin, salió del cuarto.

El pasillo estaba poco iluminado. En algún sitio se oía el *bip bip* de un aparato médico.

El niño pasó junto al cadáver de un hombre gordo que yacía boca abajo al pie de una camilla. Con la frente tocaba el suelo y tenía una pierna doblada de una manera forzada. Entre las faldas de la bata azul se le veía la espalda amoratada.

Siguió adelante tambaleándose, como si no controlara bien las piernas. En otra camilla, junto a un cartel en el que se aconsejaba prevenir el cáncer de pecho y una vista de Lieja con la catedral de San Pablo, yacía el cadáver de una anciana.

El pequeño pasó bajo un tubo fluorescente amarillo que chisporroteaba. Un muchacho con un camisón y unas zapatillas de rizo había muerto a la puerta de una larga sala dormitorio. Tenía el brazo estirado y los dedos contraídos como si quisiera evitar que se lo llevara una corriente.

Al fondo del pasillo, la oscuridad luchaba con los rayos de sol que atravesaban las puertas del hospital.

El niño se detuvo. A la izquierda estaban la escalera, los ascensores y la recepción. Detrás del mostrador de acero se veían pantallas de ordenadores caídas sobre las mesas y un tabique de cristal hecho añicos.

Soltó el trenecito y corrió a la salida. Cerró los ojos, estiró los brazos, empujó las grandes puertas y desapareció en la luz.

Fuera, más allá de la escalinata, más allá de las cintas de plástico blancas y rojas, se recortaban las formas negras de los coches de policía, de las ambulancias, de los camiones de bomberos.

—¡Un niño! ¡Hay un niño! —gritó alguien.

El pequeño se cubrió la cara.

Una figura extraña se le acercó corriendo y tapó el sol.

El niño apenas tuvo tiempo de ver que el hombre iba enfundado en un grueso mono de plástico amarillo.

El hombre cogió al niño y se lo llevó.

Cuatro años después...

Primera parte

La Finca de la Morera

Anna corría por la autopista sujetándose las correas de la mochila, que le rebotaba en la espalda. De cuando en cuando volvía la cabeza.

Los perros seguían allí. Iban uno tras otro, en fila india. Eran seis o siete. Dos, maltrechos, se habían quedado atrás, pero el más grande, que iba delante, se acercaba.

Los había visto dos horas antes en un campo quemado, allá lejos, entre rocas oscuras y troncos de olivos ennegrecidos, pero no había hecho caso.

No era la primera vez que la perseguían manadas de perros salvajes. La seguían un rato y luego, cansados, se iban.

Pero, al dejar de verlos, había suspirado con alivio. Había parado a beber el agua que le quedaba y había seguido caminando.

Le gustaba contar cuando caminaba. Contaba los pasos que había en un kilómetro, los coches azules y los rojos, los pasos elevados.

Pero, de pronto, los perros habían reaparecido.

Eran criaturas desesperadas, que iban a la deriva en medio de un mar de cenizas. Había visto muchos. Tenían

calvas en el pelo, las orejas llenas de garrapatas que colgaban como racimos, se les marcaban las costillas. Se mataban por los restos de un conejo. Los incendios del verano habían arrasado la llanura y poco o nada quedaba para comer.

Pasó junto a una fila de automóviles que tenían los cristales rotos. Estaban cubiertos de ceniza y alrededor crecían hierbas y trigo.

El siroco había arrastrado las llamas hasta el mar dejando tras de sí un desierto. La tira de asfalto de la autopista A29, que unía Palermo con Mazara del Vallo, partía en dos una extensión de tierra muerta en la que se alzaban troncos negros de palmeras que parecían de metal y algunas columnas de humo. A la izquierda, más allá de las ruinas de Castellammare del Golfo, se veía un mar gris que se fundía con el cielo. A la derecha, una serie de montes bajos y oscuros flotaban sobre la llanura como islas lejanas.

Un camión volcado obstruía la calzada. El remolque había destrozado la mediana y lavabos, bidés, tazas de váter y cascotes de cerámica blanca se habían esparcido en muchos metros a la redonda. La chica pasó por en medio.

Le dolía el tobillo derecho. En Alcamo, había abierto a patadas la puerta de una tienda de comestibles.

¡Y pensar que hasta que aparecieron los perros todo había ido bien!

Había salido antes de que amaneciera. Se veía obligada a alejarse cada vez más en busca de comida. Al principio era fácil: no tenía más que ir hasta Castellammare y encontraba lo que quería. Luego, los incendios lo habían complicado todo. Había caminado unas tres horas bajo un sol que ascendía por un cielo pálido y sin nubes. El ve-

rano había terminado hacía tiempo, pero el calor no remitía. El viento, después de atizar el fuego, había desaparecido como si aquella parte de la creación hubiera dejado de interesarle.

En un vivero, junto al cráter que había dejado la explosión de un surtidor de gasolina, había encontrado una caja llena de comida debajo de unos toldos polvorientos.

En la mochila llevaba seis botes de alubias Cirio, cuatro de tomate Graziella, una botella de licor Amaro Lucano, un grueso tubo de leche condensada Nestlé, un paquete de galletas medio deshechas pero que aún podría disolver en agua, y medio kilo de tocino envasado al vacío. No había resistido y el tocino se lo había comido enseguida, en silencio, sentada en una pila de sacos de mantillo, en medio de un suelo cubierto de excrementos de ratón. El tocino estaba duro como el cuero, y tan salado que le había dejado la boca abrasada.

El perro negro ganaba terreno.

Anna aceleró. El corazón le latía al compás de los pasos. No aguantaría mucho. Tenía que pararse y hacerle frente. ¡Si por lo menos tuviera un cuchillo! Siempre llevaba uno, pero aquella mañana había olvidado cogerlo. Había salido con la mochila vacía, una botella de agua.

El sol estaba a cuatro dedos del horizonte. Era una bola naranja en medio de una baba lila. En breve, la llanura lo engulliría. Al otro lado, la luna era fina como una uña.

Se volvió.

El perro seguía allí. Los demás habían ido renunciando uno tras otro. Aquél no. En el último kilómetro no se había acercado, pero ella corría, él trotaba.

Quizá esperaba a que oscureciera para atacar, aunque le parecía improbable, los perros no piensan. Y, en cualquier caso, ella no aguantaría hasta que oscureciera. El tobillo le dolía y el gemelo empezaba a agarrotársele.

Dejó atrás un cartel verde. Cinco kilómetros a Castellammare. Para correr en línea recta seguía la raya que había en medio de la carretera. Si no fuera porque el ruido de su respiración y de sus pisadas la ensordecía, habría oído el silencio. No corría un sople de aire, ni se oían pájaros, ni grillos, ni cigarras.

Cuando pasaba al lado de un automóvil, el cansancio le susurraba que se metiera en él, pero el cerebro le decía que no. Podía intentar echarle galletas, o cruzar la valla, pero era de malla cerrada y no había visto agujeros por los que atravesarla.

Las adelfas de la mediana que habían sobrevivido al fuego estaban cuajadas de flores rosas, y las ramas, cargadas, se doblaban. El perfume dulzón se mezclaba con el olor a quemado.

Era una barrera alta.

Pero tú eres la canguro, se dijo.

Pini, su profesora de gimnasia, la llamaba la canguro porque saltaba más que los chicos. A Anna no le gustaba el apodo, los canguros tienen las orejas salidas. Había preferido el leopardo, que también salta mucho y es más hermoso.

Se quitó la mochila y la lanzó al otro lado. Tomó carrerilla, apoyó un pie en el bordillo de cemento, saltó por entre las plantas y se encontró en el carril del otro lado.

Recogió la mochila y, jadeando, contó hasta diez. Levantó el puño y sonrió. Tenía una bonita sonrisa, llena de dientes blancos que rara vez enseñaba.

Echó a andar cojeando. Ahora no le quedaba más que cruzar la valla y estaría a salvo.